

Capítulo 5. Los motivos de Dios

Lectura amplia: Job 1:22-2: 10

Texto clave: *Además ha conservado su integridad a pesar de que tú me incitaste a que le hiciera daño sin ningún motivo. 2:3*

Luego de la primera escena de diálogo entre el Acusador Satanás y Dios, la desgracia se ha desatado sobre Job. En resumen ha perdido todas sus posesiones y luego ha padecido la desgarradora muerte de sus hijos. A esa serie de experiencias devastadoras, Job ha respondido con una aceptación sumisa, un reconocimiento de su desnudez y vulnerabilidad. Sus reacciones merecen esta reflexión del narrador: *“A pesar de todo, Job no pecó porque no culpó a Dios”* (1:22). Sin embargo unos pocos versículos después, cuando el Acusador vuelve a presentarse delante de Dios y se hace un balance de la situación. Dios se atribuye la desgracia de Job e incluso afirma, ¡que el haber arruinado su vida no tiene un motivo! En todo caso, el motivo ha sido el diálogo con Satanás, o las conclusiones de ese diálogo. ¿A quién le está probando Dios que Job es un hombre justo, que realmente ama a Dios? ¿Qué extraña puja en los lugares celestes es la responsable de la caída de Job? ¿Cuáles son los verdaderos motivos de Dios? ¿Si para Job Dios no es el culpable, quién más puede serlo?

El *sin motivo*, se refiere sin duda a la vida de Job. No hay nada en Job que haya motivado su desgracia, esta no es un castigo. Su integridad, una y otra vez atestiguada por el propio Dios no deja lugar a dudas. Por eso mismo su dolor nos descoloca, rompe todas las explicaciones facilistas, desafía nuestra comprensión. Dios tiene un motivo (o más de uno) para haber arruinado a Job que no está relacionado a la propia vida de Job y que por lo tanto responde a otra lógica, el motivo está en otro plano, inaccesible a la observación o al entendimiento humano. Quizás, lo único que motiva en Job las tragedias que Dios desencadena sobre el, es la confianza ilimitada que Dios tiene en él. Es decir, lo contrario de un castigo, una especie de premio a su rectitud, que está en condiciones de ser probada más allá de toda medida. Job es justo, perfecto e intachable y *por eso* puede sufrir. La creencia religiosa y a-religiosa que las personas que sufren lo hacen por sus culpas y pecados vuela en pedazos. No hay retribución equitativa, no hay un pago por el buen o mal obrar. Una vida de justicia no es un seguro contra todo riesgo. El sufrimiento y la felicidad no siguen sin más a la obediencia o la desobediencia, porque hay otros motivos en juego: los motivos de Dios. Pero esos motivos, no pueden ser conocidos del todo, ni mucho menos comprendidos. Hay en la decisión de Dios de probarlo hasta sus mismos límites, una especie de apuesta

por la que Dios saldrá vindicado si Job resiste la prueba. ¿Pero es eso? ¿No hay un silencio mayor? ¿Un algo más de lo que Dios se propone, que siempre queda oculto en su secreto?

Aparece en este pasaje una nota distintiva del libro de Job: la soberanía de Dios. El no es una simple caja registradora cósmica que se dedica a mantener las “cuentas” en orden, pagándole a cada uno lo que corresponde: A los buenos, dicha y felicidad y a los malos, desgracias sin cuento. Dios es el soberano y por lo tanto asume decisiones soberanas no condicionadas por ninguna criatura. En todo el resto del libro Job reclamará conocer los motivos que Dios ha tenido para arruinarlo, y ni aún en el momento final de su restitución y su vindicación, recibirá una sola palabra en la que Dios explicita sus motivos.

Nos sentiríamos más a gusto en un mundo moral más previsible, pero en un mundo así, no habría espacio para la gracia. En el modo de pensar humano, los justos deben ser felices y los pecadores desgraciados. Pero el Dios de la Biblia desafía estos cánones religiosos. En sus propósitos el justo sufre no solo como si fuera un pecador, sino en lugar de ellos. Los pecadores, en vez de castigo reciben el perdón. Los publicanos y pecadores entran antes que los religiosos al Reino de Dios. El sufrimiento y el dolor comienzan lentamente a dejar de ser premios o castigos para alcanzar un sentido redentor. Para cumplir sus propósitos redentores, Dios introduce una fractura en la opaca religiosidad de los premios y castigos para que por medio del sufrimiento del Justo y de los justos brille su gracia. Estas palabras demandan que crezcamos, que maduremos en la consideración del sufrimiento humano y su lugar en la providencia divina. Que abandonemos las recetas facilistas y las explicaciones infantiles o perversas de Dios. También demanda que nos recojamos en oración y adoración ante el Dios eterno e infinito, que transforma el mal en bien y el dolor en salvación.

Mis pensamientos no se parecen en nada a sus pensamientos-dice el Señor. Y mis caminos están muy por encima de lo que pudieran imaginarse. Is. 55:8

“Pero hay casos más difíciles, y estos precisamente son los más frecuentes, en los que nuestra sabiduría queda totalmente desconcertada. Continuamente observamos, en nosotros o alrededor de nosotros, aquellas disminuciones que no parecen tengan compensación ni ventaja en ningún plan perceptible: desapariciones prematuras, accidentes estúpidos, debilitamientos de las zonas más altas del ser. Ante golpes tan fuertes, el hombre no se vuelve a elevar en ninguna dirección, que sea perceptible, sino que desaparece o continúa viviendo tristemente empequeñecido. ¿Cómo se puede decir que estas reducciones sin compensación que son la muerte en lo que ella tiene de más mortal, sean un bien para nosotros? Aquí es donde se manifiesta en el terreno de nuestras disminuciones, el tercer modo de actuar de la Providencia, el más eficaz, el más santificador. Dios había ya transfigurado nuestros sufrimientos poniéndolos al servicio de nuestro perfeccionamiento. En sus manos, las fuerzas que disminuyen, vinieron a convertirse, de manera perceptible, en el instrumento que talla, esculpe o pule la piedra destinada a ocupar un lugar preciso en la Jerusalén Celestial. Ahora va a hacer algo todavía mejor, porque en razón de su omnipotencia que se proyecta sobre nuestra fe, los acontecimientos que se manifiestan experimentalmente en nuestra vida como puro menoscabo, se van a convertir en un factor inmediato de la unión que soñamos establecer con Él.” P. Teilhard de Chardín, Sobre el Sufrimiento

Para pensarnos.

- 1- ¿Qué experiencias espirituales han definido mi vida de fe? ¿Qué imagen de Dios se ha formado en mí? ¿Cómo he reaccionado frente a las frustraciones en las que Dios no parece haber actuado como lo hubiera esperado? ¿He llegado a pensar de mi fe religiosa como un mérito por el cual “alguien” me debe algo? ¿Guardo quejas contra Dios o “la vida”?
- 2- ¿Cómo podemos repensar la relación entre Dios y el sufrimiento? ¿Podemos relacionar a Dios en el sufrimiento o nos parecen ideas contradictorias? ¿Qué estamos haciendo frente al sufrimiento ajeno? ¿Nos afecta? ¿De qué modo? ¿Cómo podríamos aliviar el sufrimiento de personas concretas de nuestro entorno?